



La cultura de la queja

Lamentos en una isla afortunada

Jorge Marsá

A principios de la década pasada, el crítico Robert Hughes escribía un sugestivo trabajo con el título que encabeza este artículo. Sostenía que “el omnipresente recurso al victimismo culmina la tradicionalmente tan apreciada cultura americana de la terapéutica”. A la postre, “acabamos por crear una infantilizada cultura de la queja, en la que papaíto siempre tiene la culpa y en la que la expansión de los derechos se realiza sin la contrapartida de la otra mitad de lo que constituye la condición de ciudadano: la aceptación de los deberes y las obligaciones”¹. El subtítulo del libro era *Trifulcas norteamericanas*. Sin embargo, parece que este fenómeno no puede ya considerarse una característica propiamente norteamericana; su extensión a otras sociedades del planeta resulta obvia.

A la par que el crecimiento económico en Lanzarote acerca a la mayoría de la sociedad a la riqueza, y a sectores importantes a la auténtica opulencia, crece también esta ‘cultura de la queja’. Se extiende la sensación de que la población autóctona es víctima de los depredadores del exterior, que usan y abusan de ella y de su territorio. Los de fuera se quedan con las mejores ocupaciones o nos quitan el trabajo. Los de fuera se llevan la mayoría de los ingresos de la industria turística, que nos pertenecen. Los de fuera invaden el territorio de los lanzaroteños y sobrecargan sus ecosistemas. Los de fuera diluyen la denominada identidad cultural autóctona. En su variante más extrema, el colofón final suelen constituirlo las

A la par que el crecimiento económico en Lanzarote acerca a la mayoría a la riqueza, crece también esta ‘cultura de la queja’

1. Robert Hughes, *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*. Anagrama, Barcelona, 1994, p. 21.

referencias a la colonización económica y política de la sociedad, que en este caso se amplía al conjunto de Canarias. A las agresiones del exterior se suma la traición de cuatro políticos y empresarios corruptos, y la cándida inocencia del *pueblo*, y ya tenemos la panorámica completa. Es cierto que este victimismo no caracteriza a la mayoría de la sociedad; aunque también lo es su tendencia a incrementarse en los últimos tiempos. También parece claro el escaso esfuerzo realizado por quienes así piensan para contrastar el dogma con la realidad económica y social de la sociedad lanzaroteña y llevar a cabo un mínimo análisis comparativo con el resto de las sociedades que comparten este planeta con nosotros. Tarea, bastante sencilla, que trataremos de abordar en estas páginas.

El crecimiento económico dirigido al consumo de masas ha sido la sustancia de Occidente, mientras que la democracia ha proporcionado la forma

La sociedad consumista

Formamos parte de lo que se viene denominando como Occidente. Pero Occidente dejó hace tiempo de ser un concepto geográfico para convertirse en sinónimo de “la sociedad capitalista de consumo de masas consolidada hacia 1950 en América del Norte. De entonces a acá se ha propagado por doquier y se ha erigido en el modelo de vida para una sexta parte de la humanidad (en torno a mil millones de personas, concentradas sobre todo en las dos orillas del Atlántico Norte, Japón y Australia y en forma más dispersa, en segmentos minoritarios de la población, en el resto del mundo)”². ¿Cuál es la característica fundamental de esta sociedad? ¿La democracia? No; el crecimiento económico destinado a incrementar el consumo de la mayoría es el objetivo esencial de cualquiera de los países de Occidente, de todos sus gobiernos y de la generalidad de la ciudadanía. También es ese opulento supermercado del consumo, y no la representación política pluralista, la peculiaridad realmente envidiada por la mayoría de los habitantes del planeta y el combustible que alimenta la emigración hacia este *paraíso*.

Sabemos que esta clase opulenta y satisfecha que forman unos mil millones de personas apenas crecerá. La reciente incorporación de algunos países asiáticos al club de los ricos se compensa por el empobrecimiento de otros y el incremento de la pobreza en los países centrales. La imposibilidad de extender el modelo occidental al resto de los habitantes de la Tierra no ha cuestionado el objetivo más que en segmentos minoritarios de la población mundial. Ni siquiera que el despilfarro consumista haya originado una crisis ecológica que comienza a poner en peligro la continuidad de nuestra especie está haciendo posible el cambio de paradigma. La idea de que ‘más es mejor’ ha fundamentado la cultura occidental desde

2. Ernest Garcia, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999, p. 95.

hace dos o tres generaciones. De hecho, incluso en los momentos dramáticos, por ejemplo, cuando más de cinco mil personas fueron asesinadas en Nueva York y Washington, la preocupación por el acrecentamiento de la riqueza preside los desvelos de nuestras sociedades. Así que debe concluirse que el crecimiento económico dirigido al consumo de masas ha sido la sustancia de Occidente, mientras que el pluralismo político ha proporcionado la forma³. Y aunque la inclusión de la sociedad lanzaroteña en este club de los ricos debería resultar obvia, las proclamas victimistas de algunos obligan a cotejar los datos.

Las clases en un mundo global

La literatura neoliberal ha insistido desde hace muchos años en la desaparición de las clases como fenómeno económico o sociológico útil para el estudio de la sociedad. Sin embargo, resulta curioso que, en este aspecto, la globalización no se haya tenido tan en cuenta por sus más acérrimos defensores. Fue en el ámbito ecologista donde ese análisis global de las clases sociales encontró eco. Por ello, nos remitimos a una extensa cita de Alan Thein Durning para caracterizar este fenómeno y dotar de contenido este apartado.

“En el mundo existen tres clases ecológicas: los consumidores, la clase media y los pobres. Estos grupos que se definen de una manera ideal en función de su consumo per cápita de recursos naturales, emisiones de contaminación y alteración de los hábitats, pueden distinguirse en la práctica por medio de dos medidas: sus ingresos medios anuales y sus estilos de vida.

En los pobres del mundo –aproximadamente 1.100 millones de personas– se incluyen las familias que ganan menos de 125.000 pesetas al año (750€) por miembro de familia. La mayoría son campesinos africanos, indios y otros sudasiáticos. Se alimentan casi exclusivamente de grano, tubérculos, frijoles y otras legumbres y beben sobre todo agua insalubre. Viven en cabañas y chozas, viajan a pie y casi todo lo que poseen está hecho de piedra, madera y otros materiales que se obtienen del medio ambiente. Esta quinta parte de la población más pobre del mundo gana el 2 por ciento de los ingresos mundiales.

Los 3.300 millones de personas en el mundo que representan el grupo de la clase de ingresos medios perciben entre 125.000 y 1.350.000 pesetas (750 y 8.100€) por miembro de familia y viven en su mayoría en Latinoamérica, Oriente Medio, China y Asia Oriental. Las familias de ingresos bajos de lo que fueron los países soviéticos y las naciones industrializadas occidentales también per-

Marruecos no es un país pobre, pues sus ingresos corresponden a la media del 85% de la población del planeta. Aunque sean doce veces menores que los de los canarios

3. Ernest García, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999.

tenecen a este grupo. Con algunas excepciones importantes, su dieta está basada en grano y agua y viven en edificios regulares con electricidad para alumbrado, radios y cada vez más neveras y lavadoras (en las ciudades de China, por ejemplo, dos tercios de las familias tienen lavadoras y una quinta parte tienen neveras.). Viajan en autobús, tren y bicicleta y mantienen una modesta reserva de existencias duraderas. Sus ingresos constituyen el 33 por ciento de los ingresos mundiales.

La clase consumidora –los 1.100 millones de miembros de la sociedad de consumo mundial– incluye a todas las familias cuyos miembros perciben más de 1.350.000 pesetas (8.100€). Aunque ese límite sitúa a las categorías más bajas de la clase consumidora apenas por encima del nivel de pobreza de Estados Unidos, ellos –o mejor dicho, nosotros– disfrutamos de un estilo de vida desconocido en épocas anteriores. Nos alimentamos de carne y alimentos procesados, envasados y nos empapamos de refrescos y otras bebidas en envases desechables. Pasamos la mayor parte de nuestro tiempo en edificios de clima controlado, con neveras, lavadoras y secadoras, agua caliente abundante, lavaplatos, hornos de microondas y una plétora de toda clase de artilugios eléctricos. Viajamos en automóviles y aviones y nos rodeamos de una profusión de bienes desechables y de vida corta. Los ingresos de la clase consumidora representan el 64 por ciento de los ingresos mundiales: 32 veces más que la clase pobre.

A la mayoría de nosotros en la sociedad de consumo, nos parece inverosímil la proposición de que nuestro sistema de vida sea excepcionalmente opulento. Después de todo, vivimos modestamente en comparación con los verdaderos ricos y, a menudo, el mantenerse a flote es una lucha. Así como la quinta parte del mundo en la cima –la clase consumidora– hace aparecer a los demás como depravados, la quinta parte de la clase consumidora en la cumbre –los ricos– hace aparecer como necesitados al resto de los consumidores.”⁴

Un país pobre es Mali, donde la media de ingresos es 70 veces menor que la de un lanzaroteño

4. Alan Thein Durning, *Cuánto es bastante. La sociedad de consumo y el futuro de la Tierra*. Ediciones Apóstrofe, Barcelona, 1994, p. 20. Las cifras de ingresos han sido traducidas a pesetas utilizando un cambio de 180 pesetas por dólar y a euros dividiendo por 166. Finalmente los resultados se han redondeado para facilitar su comprensión. Así se hará en todo el artículo.

Ricos y pobres

Aunque el análisis de Durning resulta pertinente, sus datos económicos tienen algo más de diez años. Los actuales muestran una mayor desigualdad. Los extraemos de una institución tan poco sospechosa de catastrofismo como el Banco Mundial, que divide este mundo *sin clases* en tres *niveles* de ingresos: 2.400 millones de personas forman el nivel más bajo y su renta per cápita anual es de 75.000 pesetas (450€); 2.700 millones constituyen el nivel medio

con una renta de 350.00 pesetas (2.100€); y 900 millones de ricos ingresan una media de 4.750.000 pesetas (28.600€) cada año. El tremendo incremento de la desigualdad se aprecia mucho mejor si reducimos la comparación a dos clases: los pobres y los ricos. Entonces, el 85% de la población mundial, 5.100 millones de personas, obtiene cada año una media de ingresos de 225.000 pesetas (1.340€) –es decir, unas 600 pesetas (3,5€) diarias– frente al 15%, 900 millones, que disfruta de esas 4.750.000 pesetas (28.600€).

¿Somos ricos en Lanzarote? Según el Banco Mundial, la renta per cápita española es de 2.650.000 pesetas anuales (16.000€). Canarias se encuentra en la media española; por lo tanto, la renta de los lanzaroteños debe ser, como mínimo, un 5% superior, alrededor de 2.800.000 pesetas (17.000€). Cifra notablemente inferior a los 4.750.000 (28.600€) de la media de los países ricos. Y menos de la mitad de la del país más opulento, Suiza, con unos ingresos de 7 millones de pesetas (42.000€). Efectivamente, un suizo es 2,5 veces más rico que un lanzaroteño.

Ahora bien, comparémonos con nuestros vecinos más cercanos: Marruecos, 225.000 pesetas (1.350€); Mauritania, 72.000 (430€); Argelia, 275.000 (1.650€) y Mali, 40.000 (240€). Siempre consideramos a nuestro vecino más próximo, Marruecos, como un país pobre. ¿Será porque los ingresos medios de los canarios son doce veces los de los marroquíes? Una diferencia impresionante. Sin embargo, Marruecos no es un país pobre, pues sus ingresos corresponden exactamente a la media del 85% de la población del planeta. Si la inmensa mayoría de la población mundial tiene esos ingresos, quiere decir que esa es la situación habitual. Que nosotros podamos multiplicar esa cifra por doce nos sitúa con claridad en esa franja privilegiada que compone el 15% acaudalado de los habitantes de la Tierra. Un país pobre es Mali, donde la media de ingresos es 70 veces menor que la de un lanzaroteño⁵.

Las estadísticas sobre renta per cápita no muestran la desigualdad existente en cada país. Pero también aquí las comparaciones con nuestros vecinos o con el 85% de la población mundial revelarían la situación de privilegio de Canarias, un territorio donde la desigualdad es notable, pero mucho menor que en cualquiera de los países a los que nos estamos refiriendo. Además, la desigualdad en Canarias debe ser imputada, en primer lugar, al funcionamiento interno de la sociedad mucho más que a factores exteriores. Desigualdad que afecta de forma diferente a los distintos territorios insulares: más notable en las Islas mayores y menos en las meno-

Las superficies comerciales donde adquirimos alimentos son una muestra inequívoca de nuestra opulencia

5. Banco Mundial, *World Development Report 2000/2001: Attacking Poverty*. Oxford University Press, 2000. Todos los datos de renta per cápita de este apartado corresponden al año 1999 y están extraídos de este informe del Banco Mundial. Por lo tanto, con el objeto de mantener la comparación, no se contempla la diferencia con los ofrecidos por el Instituto Nacional de Estadística con respecto a la renta española.

**Los
lanzaroteños
viviremos 14
años más que el
85% de la
población
mundial, 24 más
que los
marroquíes o 36
años más que
las gentes de
Mali**

res. En Lanzarote, puede decirse que la auténtica marginalidad afecta casi exclusivamente a sectores de la inmigración.

La energía también viene de fuera

Sabemos hoy que el Producto Nacional Bruto no es una medida realmente certera para describir el bienestar humano. Por tanto, resulta obligado indagar en otros aspectos complementarios para obtener un panorama más nítido de nuestra situación en el mundo. También sabemos que la energía es la base sobre la que se sustentan las actividades humanas, y que nuestra dependencia energética se ha incrementado de forma increíble durante el pasado reciente. Así que el consumo de energía debe ser un indicador significativo para comparar la forma de vivir de las distintas sociedades.

Esa inmensa mayoría de la población mundial, el 85%, a la que nos venimos refiriendo consumía en 1999 una media anual per cápita de unos 900 kwh, mientras que los países industrializados utilizan 6.601 kwh⁶. La cifra más reciente y fiable en nuestro poder es la de la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera*, aunque probablemente sea de unos tres años antes: en Lanzarote el consumo medio era de 5.000 kwh⁷. No parece descabellado pensar que esa cifra se hubiera incrementado alrededor de un 10% en 1999, lo que supondría un consumo energético casi en la media de los ricos, especialmente si tenemos en cuenta que la mayoría de los países ricos se encuentran en latitudes donde una parte del consumo de electricidad se dedica a cubrir necesidades de calefacción que no existen en nuestra Isla. Es decir, consumimos la energía como los ricos, y consumimos seis veces más que la media de ese 85% de la población mundial, o 12,5 veces más que los marroquíes. Energéticamente hablando, somos tan acaudalados que el despilfarro se alimenta casi en un 100% de la energía que extraemos de otros lugares.

Una alimentación irresponsable

La forma en que nos alimentamos constituye un componente fundamental del bienestar humano. La sociedad lanzaroteña dejó atrás los tiempos en los que la base de su dieta la constituían el gofio y los potajes, los tiempos en los que se alimentaba como lo hace hoy la inmensa mayoría de los humanos que pueden nutrirse dignamente. Como en todos los países caracterizados por la abundancia, la dieta lanzaroteña ha conocido un incremento muy importante del consumo de alimentos de origen animal: carne, huevos y productos lácteos. Esta característica de la dieta de los ricos contribuye decisivamente a la crisis ecológica global, a las dificultades para alimentarse de buena parte de los habitantes del planeta y a no pocas

6. United Nations Development Program, *Human Development Report 1999*.

7. Antonio Estevan, "Los sectores ambientales clave: energía", en *Lanzarote en la Biosfera. Una estrategia hacia el desarrollo sostenible*. Cabildo de Lanzarote, Arrecife, 1998.

de nuestras deficiencias de salud. No argumentaremos ahora las tres afirmaciones anteriores, porque lo hace con detalle Jorge Riechmann en su artículo “Comer carne”, que se publica en esta misma revista.

Los costes ambientales de la dieta de los ricos, es decir, la nuestra, no terminan con los provocados por el exagerado consumo de carne. Otro factor clave de las consecuencias ambientales de nuestra forma de alimentarnos es su fuerte dependencia del transporte a larga distancia. Se ha calculado que se necesita una cantidad de energía tres veces mayor para transportar una lechuga desde California a Nueva York que para cultivarla, sin olvidar el incremento de la contaminación producida. ¿Qué decir de las uvas chilenas, la carne de Nueva Zelanda, los yogures de Holanda, etc., con los que nos deleitamos en Lanzarote?

También parece obligado referirnos a la sorprendente cantidad de materias primas, trabajo y residuos generados por el envasado de nuestros alimentos y bebidas. Sirva como ejemplo la estúpida moda que se generaliza en los países desarrollados de consumir el agua envasada. No hay más que entrar en cualquier gran centro comercial norteamericano o europeo para hacerse una idea de lo que estamos diciendo. ¿Y cómo son las superficies comerciales donde los lanzaroteños adquirimos alimentos y cómo están tratados? Pues exactamente igual que en Norteamérica o en la Europa pudiente, una muestra inequívoca de nuestra opulencia, que se puede calificar de obscena cuando se sabe que el 40% de la población mundial no puede siquiera obtener las calorías necesarias para una vida saludable.

Y es que las consecuencias de la alimentación en la salud humana son, obviamente, definitivas. Aquí encontramos otros indicadores de nuestra privilegiada situación. Los lanzaroteños tenemos una esperanza de vida de 78 años. Por lo tanto, viviremos 14 años más que el 85% de las personas que habitan en el planeta, 24 más que los marroquíes o 36 años más que las gentes de Mali. Entre otras cosas, porque de cada mil niños que nacen en Canarias sólo mueren 8, mientras que en Marruecos –de nuevo en la media del 85%– mueren 62 y en Mali 159.

Una sociedad en movimiento

Ahora bien, el transporte de nuestros alimentos supone tan sólo una pequeña parte de la inmensa movilidad que provoca nuestra riqueza. En el mundo, como dice Durning, los pobres caminan, la clase media utiliza la bicicleta, el tren y el autobús, y los opulentos

*En el mundo,
los pobres
caminan, la
clase media
utiliza la
bicicleta, el tren
y el autobús, y
los opulentos
conducen su
automóvil*

Pertenecemos a esa clase consumidora sobre la que recae la responsabilidad del despojo acelerado de materias primas que sufre la Tierra

conducen su automóvil. Existen en la actualidad unos 700 millones de vehículos a motor en el mundo de los que más del 70% se encuentran en los países de la OCDE⁸. Mientras EE. UU. utiliza 561 automóviles por cada 1.000 habitantes, nuestros vecinos tienen que conformarse con cifras muy inferiores: Argelia, 88; Mali, 3; Marruecos, 50 y Mauritania, 6. Los lanzaroteños mostramos en este aspecto un nivel de riqueza estadounidense, pues igualamos esa misma cifra si a los 800 vehículos por cada mil habitantes le restamos el número de automóviles que utilizamos para solaz de nuestros turistas. La gran cantidad de coches de lujo, especialmente todo-terrenos, que circulan por la Isla revelan que la abundancia no es en este aspecto sólo una cuestión de cantidad.

Las implicaciones ambientales de nuestra manera de movernos van mucho más allá de la contaminación que expele el tubo de escape de nuestros vehículos. “Solo el 50% de las emisiones contaminantes corresponden al uso del automóvil, mientras que el otro 50% se reparten en las otras fases de su ciclo de vida. En cuanto a la energía que el automóvil consume antes y después de ser puesto en circulación, equivale a cerca de 25% de la que consumirá a lo largo de su vida útil. Por no hablar de los residuos sólidos y líquidos: a cada automóvil medio, de 1.100 kg de peso, lo acompañan (de forma por lo general invisible, ya que las fases de extracción y elaboración de las materias primas a menudo transcurren en países del Sur, o en cualquier caso en zonas geográficas lejanas de la residencia del usuario) ¡nada menos que unas 27 toneladas de residuos!”⁹.

Claro que el colmo de la riqueza lo ejemplifica un medio de transporte que logra que el conducir un automóvil parezca algo sin apenas consecuencias medioambientales: el avión. Y en Canarias el uso del transporte aéreo es generalizado tanto entre sus habitantes como entre los visitantes de los que vivimos. Se sostiene con frecuencia que el uso del avión es una necesidad para los canarios debido a la fragmentación insular de su territorio. ¡Una necesidad! ¿Qué pensarán de esa imperiosa necesidad los habitantes de Cabo Verde, de Indonesia o de la inmensa mayoría de los archipiélagos de la Tierra?

Objetos de corta vida

Con el incremento de la riqueza disminuye el cuidado de los objetos que poseemos. Los muebles de una familia se legaban a la generación siguiente; hoy se cambian cada pocos años. Los utensilios domésticos funcionaban durante muchos años: una radio podía escucharse en una vivienda durante decenios; hoy, sofisticados apa-

8. World Resources Institute, *World Resources 2000-2001*.

9. Francisco Fernández Buey y Jorge Riechmann, *Ni tribunales. Ideas y materiales para un programa ecosocialista*. Siglo XXI, Madrid, 1996, p. 370.

ratos de alta fidelidad se desechan en pocos años. Los desperdicios orgánicos se reutilizaban, y para otros existían incluso profesionales que los recogían y reciclaban: traperos que se encargaban también del papel usado, libreros que revendían y cambiaban las publicaciones ya leídas, vendedores de objetos usados, comerciantes de chatarra... Los objetos, usados o no, tenían un gran valor; actualmente, por el contrario, son desechados con rapidez.

A pesar del surgimiento de los mitos sobre la sociedad ‘postindustrial’ o ‘postmaterial’, el consumo de materiales, que en su mayoría traemos de fuera, aumenta en Canarias, como en todo el Norte opulento, de forma dramática. En parte porque acumulamos muchos más bienes, pero sobre todo porque prolifera el derroche. Vivimos en una sociedad que todo lo envasa y empaqueta, que cada vez fabrica más productos desechables, de limitada duración o irreparables, y que usa y tira al hilo de las modas con absoluta prodigalidad. Pertenece a esa clase consumidora sobre la que recae la responsabilidad del despojo acelerado de materias primas que sufre la Tierra. Y parece que el futuro del planeta va a depender de si nosotros, ese 15% de la humanidad, cuyas necesidades materiales reales están más que satisfechas, podemos vivir de una forma más sencilla y satisfactoria, que implique un menor consumo material. No somos víctimas; las víctimas son aquellos que sufren las consecuencias de nuestra manera de vivir, producir y consumir.

Los efectos ambientales de esas importaciones van, en muchas ocasiones, más allá de lo que pensamos. Limitémonos a un solo ejemplo: “En diciembre de 1998, unas 50.000 personas huyeron a la desbandada de la ciudad de Sihanoukville, al sureste de Camboya. Lo que causó este éxodo fueron varias muertes por envenenamiento, atribuidas al vertido de más de tres mil toneladas de basura tóxica importada de Taiwán, generada por la empresa Formosa Plastics. El mundo se ha vuelto muy pequeño. Las telecomunicaciones y los intercambios mercantiles en una economía mundializada nos vinculan con las gentes que viven en los lugares más remotos. Los plásticos baratos MADE IN TAIWÁN que compramos en el ‘todo a cien’ resultan estar conectados, a la postre, con las enfermedades y la muerte que se ceban en un lugar tan remoto como la ciudad camboyana”¹⁰.

La huella ecológica

¿Nos estamos apropiando los lanzaroteños del espacio ambiental de otros? Para tratar de aproximarnos a respuestas de este tipo algunos investigadores se han servido del concepto de huella ecológica: “el

No somos víctimas; las víctimas son aquellos que sufren las consecuencias de nuestra manera de vivir, producir y consumir

10. Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los libros de la Catarata, Madrid, 2000, p. 159.

área de territorio productivo o ecosistema acuático necesaria para producir los recursos utilizados y para asimilar los residuos producidos por una población definida con cierto nivel de vida específico, donde quiera que se encuentre esta área. Es decir: el territorio ecológicamente productivo necesario para mantener las actividades de esa población”¹¹.

Se ha calculado, por lo bajo, que la huella ecológica de un estadounidense es de 4,5 hectáreas. Parece posible acordar que la de un lanzaroteño bien podría estar en torno a dos terceras partes de esa cifra, es decir, 3 ha. ¿Qué ocurriría si los 6.000 millones de personas que habitan en el planeta tuvieran una huella ecológica como la nuestra? Pues que harían falta 18.000 millones de ha. Pero en la Tierra sólo hay 13.000 millones de ha., de las cuales sólo 8.800 millones son ecológicamente productivas (campos de cultivo, bosques, pastizales), es decir, 1,5 ha. por persona. Así que si la huella ecológica de toda la población mundial fuera como la de los lanzaroteños, necesitaríamos dos planetas como la Tierra para vivir. Cuando, en pocos años, la población mundial llegue a 9.000 millones de personas, y suponiendo que los lanzaroteños estancáramos nuestros consumos, necesitaríamos una tercera Tierra adicional.

Si la huella ecológica de toda la población mundial fuera como la de los lanzaroteños, necesitaríamos dos planetas como la Tierra para poder vivir

En busca de perras

Hoy sabemos que los países del Norte han sido financiados también por el dinero proveniente del Sur. La idea de que los países ricos ayudan económicamente a los pobres es sencillamente falsa. Las inversiones en ayuda al desarrollo, además de haber disminuido significativamente desde la revolución conservadora de los años ochenta, son inferiores a las transferencias económicas por pagos de la deuda externa. La riqueza de unos se construye sobre la pobreza del resto. También así se ha edificado esa desigualdad global que no tiene precedentes en la historia.

La salida del subdesarrollo requiere, entre otras cosas, la captación del capital necesario para iniciar la acumulación capitalista, especialmente cuando no se dispone de sectores económicos que permitan realizar esa acumulación de forma autóctona. Razón por la cual la búsqueda de fuentes externas de capital constituye uno de los mayores anhelos de cualquier sociedad pobre. Conocidos son tanto los esfuerzos de los países del Sur por atraer esos capitales como escasos los éxitos. Pues bien, en Lanzarote no faltaron las inversiones de capital exterior que contribuyeron al desarrollo local. La economía insular no hubiera podido crecer como lo ha hecho sin esos caudales de capital que han fluido ininterrumpida-

11. Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los libros de la Catarata, Madrid, 2000, p. 51.

mente desde que se inició el proceso de transformación turística de la Isla. No parece que en este aspecto pueda haber motivo para la queja. En consecuencia, tampoco tiene sentido sorprenderse porque el capital invertido repatríe una parte importante de los beneficios obtenidos. Se argumenta que buena parte del gasto realizado por los turistas se va fuera. Lógico; parte de las inversiones y del gasto realizado por cada visitante se concreta en servicios que no se prestan en la Isla: transporte, gestión y comercialización, etc.

No es, desde luego, el modelo de desarrollo que la minoría alternativa de la sociedad hubiera escogido, por sus consecuencias ambientales y por la forma en que se ha repartido la riqueza, pero conociendo cómo funciona el sistema capitalista, el único existente hoy, no hay motivos para la sorpresa. Dentro de ese sistema, la característica fundamental del crecimiento insular no ha sido la extracción de riqueza aquí para exportarla fuera, como en los países pobres, sino, muy al contrario, la obtención de riqueza de fuera para invertirla en la Isla. Además, los beneficios obtenidos por los lanzaroteños han sido jugosos. Así que esa visión victimista de una sociedad a la que los foráneos le roban sus dineros se encuentra notablemente alejada de la realidad.

Se ofrece trabajo

Parece ser también una característica de las sociedades de la abundancia la necesidad de mano de obra externa. “La lógica de la inmigración es compleja pero tiene un núcleo transparente: si los materiales, la energía, los alimentos y el dinero van del Sur hacia el Norte, las personas se ven forzadas a seguir el mismo camino por poco que les agrade. Actualmente, las grandes empresas trasladan muchas líneas de producción al Tercer Mundo, buscando salarios bajos, ausencia de derechos sindicales y facilidades para contaminar sin controles. Los inmigrantes han hecho los trabajos más desagradables y peor pagados de los países ricos cuando ya no ha habido europeos o norteamericanos dispuestos a hacerlos. La lógica de la xenofobia es también compleja, se despliega desde la peseta hasta la psicopatología. No obstante, también su núcleo social es transparente: los ricos no quieren repartir”¹².

En Lanzarote, la inmigración se ha producido al ritmo impuesto por las exigencias de la economía insular. La situación de partida era clara: hacía falta mano de obra, cualificada y sin cualificar. La población local aportó mayoritariamente la parte no cualificada, porque una sociedad pobre es también, y básicamente, una sociedad con un bajo nivel de formación para la competición económi-

Lanzarote constituye un ejemplo de cómo la inmigración beneficia en primer lugar a los ricos, a la población local

12. . Ernest Garcia, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999, p. 102.

ca. La otra parte, la cualificada (empresarios, gestores, funcionarios, etc.), hubo que traerla mayoritariamente de la Península y de las otras islas, y en menor proporción de donde se hablaba la misma lengua de los turistas a los que había que atender.

Más tarde, el rápido incremento de los sectores pudientes de la sociedad insular provoca un aumento importante del nivel educativo y la formación profesional en la Isla (buena prueba de ello es el crecimiento del número de universitarios en Lanzarote). La inmigración, entonces, la componen en su mayoría personas de escasos recursos económicos provenientes de las comunidades más pobres del país, esencialmente de Andalucía y Galicia, que vienen a realizar los trabajos del sector hostelero y de la construcción que los lanzaroteños comienzan a abandonar. Mientras, en las actividades más cualificadas se equilibra la relación entre las aportaciones de la población autóctona y la de fuera.

En la actualidad, la aportación de andaluces y gallegos continúa. Ahora bien, el nivel de riqueza y de formación de los lanzaroteños se ha elevado de tal manera que resulta muy difícil encontrarles en los trabajos de menor cualificación. A la par, sus *necesidades* se han incrementado notablemente también, así que crecen los puestos de trabajo al servicio de esa riqueza, puestos de escasa cualificación, que ni siquiera los peninsulares pobres están dispuestos a realizar por los sueldos de miseria que se ofrecen o por la dureza de las condiciones de trabajo. En esta situación aparece la inmigración del Tercer Mundo, latinoamericana y africana, que viene a trabajar de peones para las constructoras, de freganchines en los hoteles; limpiadoras de apartamentos, asistentes o criadas de la rica población local; jardineros, vendedores de las drogas que consumimos, prostitutas para disfrute de turistas o autóctonos, etc.

Lanzarote constituye un ejemplo de cómo la inmigración beneficia en primer lugar a los ricos, a la población local. Y de que el componente fundamental de la corriente migratoria obedece más a las necesidades de éstos que a las miserias de los pobres. La riqueza de la sociedad lanzaroteña es absolutamente inimaginable sin la aportación de los inmigrantes, que en conjunto fueron tanto canarios provenientes de otras islas como peninsulares, y sólo una pequeña minoría, hoy creciente, procedente de países pobres.

Las generaciones futuras

La forma en que vivimos los consumidores opulentos del Norte ha sido posible, como hemos venido diciendo, a costa de la naturaleza y de las sociedades del Sur. Falta un tercer pilar sobre el que se ha

El calentamiento global comienza a percibirse en Canarias: la sequía se acentúa y la subida del nivel del mar empieza a crear problemas en algunas playas

edificado nuestra riqueza: las generaciones futuras. “Hoy estamos proyectando hacia el futuro otros azotes tan graves como los derivados de la guerra con armas de exterminio masivo. Males ecológicos de tal calibre que la relación de las presentes generaciones humanas con las que seguirán bien podría describirse con los términos de depredación o canibalismo. Medítese, si esto parece exagerado, en lo que significan los fenómenos siguientes, característicos del actual modelo de producción y consumo al mismo tiempo que de su crisis:

- Sobreconsumo de los recursos no renovables.
- Sobreconsumo de los recursos renovables, que los convierte *de facto* en no renovables.
- Acumulación de residuos radiactivos.
- Acumulación de residuos químicos (y difusión de tóxicos organoclorados y diversas sustancias persistentes con efectos hormonales en la biosfera).
- Calentamiento global a causa del ‘efecto invernadero’.
- Deterioro de la capa de ozono.
- Acidificación del medio ambiente planetario.
- Desertificación y destrucción del suelo fértil.
- Destrucción de la biodiversidad silvestre y agropecuaria.
- Liberación de organismos modificados genéticamente en el medio ambiente.
- Acumulación de armas de destrucción masiva (nucleares, químicas y biológicas).
- Pérdida del acervo cultural y los saberes tradicionales de las culturas campesinas y de los pueblos tribales.

Parece claro que a consecuencia de nuestro hacer y dejar de hacer, el planeta se vuelve crecientemente inhabitable; las opciones vitales y la calidad de vida de las generaciones futuras menguan. Peligra, incluso, su mera existencia.”¹³

Esta revista la edita un grupo de personas que ronda los cuarenta años de edad. Como en todo Occidente, nuestra generación y la de nuestros padres –sólo dos generaciones– son responsables de la crisis ecológica global que sufre la Tierra. En el ámbito local ocurre lo mismo: estas dos generaciones son las artífices de la construcción del nuevo Lanzarote, han levantado unas 75.000 camas turísticas y han cambiado la faz de la Isla para siempre. ¿Podrán las siguientes generaciones continuar levantando edificios a este ritmo, o a cualquier ritmo? ¿Se verá mermada su calidad de vida como resultado de lo que nosotros hemos hecho y de lo que hemos deja-

Víctima es el que no puede salir de la pobreza; quienes además de salir, lo hacen deprisa, sólo pueden considerarse afortunados

13. Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, p. 182.

La mayoría de la sociedad lanzaroteña dio la bienvenida al crecimiento turístico que permitía abandonar la pobreza

do de hacer? Los futuros lanzaroteños sufrirán también, obviamente, las consecuencias globales de nuestra manera de vivir. El calentamiento global, por ejemplo, comienza a percibirse en Canarias: la sequía se acentúa, el último verano ha sido el más caluroso de los últimos cincuenta años¹⁴. El inicio de la subida del nivel del mar empieza a crear problemas en algunas playas canarias –recurso básico para nuestro modelo de desarrollo–, que se agudizarán gravemente en las próximas décadas. Y tampoco aquí somos las víctimas; las responsabilidades están en casa. Si las emisiones de efecto invernadero en la Isla por habitante y año eran de 5,7 Tm en el año 1997, hoy deben situarse, probablemente, en la media española, 6,2 Tm, muy lejos de las 0,32 Tm de Marruecos o de las prácticamente inexistentes, 0,01, de Mali.¹⁵

La rapidez del cambio

En Lanzarote, existe una idea que parece gozar de un generalizado consenso: el proceso de transformación que supone el paso de una sociedad tradicional, basada en la agricultura y la pesca, a una que extrae su riqueza de los servicios se ha producido en la Isla a una velocidad de vértigo; lo que en otros lugares aconteció a lo largo de casi doscientos años, aquí se ha consumado en los últimos treinta. Y ésta es la especificidad de la situación lanzaroteña y de sus conflictos culturales e identitarios. El que una idea como ésta se repita constantemente puede transformarla en una creencia aceptada, pero no la convierte en cierta.

“Antes de nada, conviene recordar que la mayoría de la población europea no entró en la sociedad de la abundancia hasta bien entrado el siglo XX. La nueva sociedad consumista no comenzó a aparecer hasta después de la reconstrucción económica que sucedió a la Segunda Guerra Mundial; en los países más pobres, como el nuestro, el fenómeno fue aún más tardío. En 1960, Benidorm era un pequeño pueblo (de gran belleza, además) que vivía de sus fuentes tradicionales de abastecimiento: la pesca fundamentalmente. En 1975 su transformación en gran centro turístico se había consolidado ya. Fueron necesarios tan sólo quince años para que esta comunidad tradicional desapareciera y las formas de vida –o sea, su cultura– quedaran totalmente trastocadas”¹⁶.

El incremento demográfico, el fenómeno más llamativo para los lanzaroteños, delata la existencia de otras transformaciones vertiginosas en nuestro país. “Los últimos datos oficiales indican que en los últimos veinte años (1978-98) Lanzarote pasó de 50.000 habitantes a 84.849, un aumento del 70%. ¿Cuál fue el ritmo de creci-

14. Desiderio Padilla, meteorólogo, en declaraciones a *Canarias7*, 29 de septiembre del 2001.

15. G. Marland, T. A. Boden, R.J. Anders, “Global, Regional and National CO₂ Emissions”, en *A Compendium of Data on Global Change*. Oak Ridge, Tenn., EE.UU.

16. Jorge Marsá, “Un lugar en el mundo”. *Lancelot* nº 777, Arrecife, 1998.

miento en esos territorios que muestran hoy una mayor presencia de inmigrantes en el momento de su *boom* económico? Entre los años 1950 y 1970 el crecimiento demográfico en la provincia de Barcelona fue del 76%, en Vizcaya del 90% y en Madrid del 100%; Baleares creció un 55% entre 1960 y 1980, pero su crecimiento se ha mantenido¹⁷. La casi totalidad de estos cientos de miles de inmigrantes procedían de sociedades agrícolas tradicionales y tan pobres que la emigración se convirtió en el único camino posible. La transformación de sus hábitos culturales y el alumbramiento de una nueva identidad se produjo, prácticamente, en un suspiro.

La rapidez del cambio no sólo no es una característica lanzaroteña sino que es la norma histórica. De la pobreza se sale rápido o no se sale. “No existen experiencias nacionales de salida del atraso construidas sobre una lenta acumulación de esfuerzos transferidos sucesivamente de generación en generación. Si comparamos a Suecia, Japón o Dinamarca de finales del siglo XIX con Corea del Sur, Taiwán o Singapur de las últimas décadas del XX, una cosa resulta clara: la salida del atraso económico ocurre en un tiempo históricamente breve, generalmente en dos generaciones, entre cuarenta y cincuenta años. La magia del interés compuesto nos dice que si el PIB per cápita crece en una tasa media del 3 por ciento anual, esto significará multiplicar por cuatro veces el nivel inicial del PIB en menos de medio siglo. Y puede ocurrir así que alguien nacido en un país con ingresos como Guatemala o Argelia termine su vida con ingresos similares a Inglaterra o Italia. Algo similar ocurrió en el pasado en Escandinavia y en Japón y vuelve a ocurrir hoy en varios países de Asia Oriental. En los casos mencionados se mantuvo un crecimiento medio anual entre el 2 y el 4 por ciento del PIB per cápita a lo largo de cuarenta años o más. Después de eso los juegos estaban hechos: los países estaban del otro lado¹⁸.”

Aunque Ugo Pipitone habla de cuarenta o cincuenta años, el núcleo de la transformación es aún más rápido. La velocidad con que la sociedad lanzaroteña dejó atrás la pobreza no es una característica diferencial, pero además debería considerarse una bendición y no, como hacen algunos, la fuente de nuestros conflictos. En cualquier caso, víctima es el que no puede salir de la pobreza; quienes además de salir, lo hacen deprisa, sólo pueden considerarse afortunados. Que el modelo utilizado, el monocultivo turístico de masas, no parezca años después el más apropiado, forma parte de la discusión sobre la historia económica insular, y las responsabilidades no se pueden exigir ni sólo ni fundamentalmente a los de fuera.

Desde que entró en vigor la moratoria, Lanzarote ha liderado el crecimiento de las camas en el Archipiélago, con un incremento del 35%

17. AA. VV. “La sociedad migratoria”, *Cuadernos del Sureste* nº 9, Lanzarote, 2001.

18. Ugo Pipitone, *Reflexiones sobre un presente acelerado. Regiones económicas, subdesarrollo e izquierda*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, p. 156.

Responsabilidad compartida

Se sostiene con demasiada frecuencia que la sociedad lanzaroteña, en realidad, ha sido la víctima de un crecimiento turístico impuesto por una coalición corrupta de empresarios y políticos de fuera y de dentro. “En nuestra opinión, la mayoría de la sociedad lanzaroteña dio la bienvenida al crecimiento turístico que permitía abandonar la pobreza. Los partidarios de parar han constituido durante años una minoría; si bien es cierto que una minoría creciente. Además, cualquier análisis de la sociedad debe partir de la premisa de que los miembros que la componen no son deficientes mentales. Es curioso que, en ocasiones, quienes más abogan por la participación social sean los que más hincapié hacen en la manipulación de los ciudadanos por el ‘poder’ y los medios de comunicación. Y si los ciudadanos resultan tan fácilmente manipulables, parece poco razonable poner tanto énfasis en su participación en la gestión de la cosa pública. Por otra parte, esa visión revela un elitismo desmedido: la mayoría, ignorante, es manipulada; ‘nosotros’, inteligentes, nos damos cuenta y lo denunciamos.

Insistimos en la necesidad de reconocer a los lanzaroteños su mayoría de edad y una inteligencia suficiente, pues una conclusión diferente nos trasladaría a derroteros escasamente democráticos. Y la mayoría de los lanzaroteños ha elegido durante años que la prioridad fuera crear riqueza, y que esa riqueza la produjera la industria turística. Es cierto que el voto cada cuatro años no colma las aspiraciones de participación democrática de muchas personas, pero también lo es que el voto no debe ser minusvalorado. Y durante años se ha estado votando a los responsables políticos de impulsar el crecimiento, a veces más cuanto más corruptos. Hasta el punto de que en Lanzarote, desde hace muchos años, las únicas instituciones a las que los ciudadanos conceden mayorías absolutas y reiteradas son los tres ayuntamientos turísticos de la Isla. El crecimiento turístico y las licencias de construcción –y no los candidatos, que han cambiado– han constituido la única garantía de que el apoyo ciudadano fuera mayoritario y constante.”¹⁹

Podría decirse, a su favor, que la comunidad insular es la única de Canarias que ha arbitrado una medida, aunque limitada, para detener el crecimiento turístico; sin embargo, también hay que ser conscientes de que en los tres últimos años, desde que entró en vigor la *moratoria*, Lanzarote ha liderado el crecimiento del parque alojativo turístico en el Archipiélago, con el escalofriante incremento de un 35% en ese período²⁰. En el mismo sentido podría argumentarse que la posición que sostiene la necesidad de parar aparece como

La preocupación por las consecuencias ambientales del crecimiento económico y por la desigualdad que crea afecta sólo a una parte muy minoritaria de la sociedad

19. Ginés Díaz Pallarés y Jorge Marsá, “Crecimiento turístico y contestación social”, *Cuadernos del Sureste* nº 9, Lanzarote, 2001.

20. Andrés de Souza, coordinador del equipo técnico de la Consejería de Turismo, que elaboró las Directrices del Turismo, en declaraciones a *Canarias 7* el 25 de septiembre de 2001. Aunque es cierto que los datos estadísticos del Gobierno de Canarias que han aparecido en este proceso son tan poco fiables que resulta difícil hacer cálculos con ellos.

claramente mayoritaria en las encuestas de opinión insulares, y que este fenómeno es también único en Canarias. Cierto. Pero conviene ser conscientes de la enorme diferencia entre lo que decimos y lo que hacemos. Y hablar es gratis.

La mayoría de la sociedad considera que debe detenerse el crecimiento turístico, incluso la mayoría de los empresarios, pero aquí rige lo que algunos filósofos anglosajones han denominado la teoría del *free rider*, del gorrón. El territorio insular es limitado, es obvia la existencia de límites sociales y ambientales que indican la necesidad de parar. Pero si únicamente se construye lo mío las consecuencias son insignificantes, por lo tanto... adelante. Ahora bien, si todos están dispuestos a construir los efectos serán, desde luego, graves; sin embargo, el que yo deje de construir o comprar unos apartamentos tampoco va a modificar apenas las características de la catástrofe, por lo tanto... adelante. Cuando el objetivo básico de una sociedad y de los ciudadanos que la conforman es el incremento de la riqueza, por importantes que sean los destrozos, la conclusión es siempre la misma: adelante.

En este sentido, la sociedad lanzaroteña no es diferente del resto de las sociedades ricas. La preocupación por las consecuencias ambientales del crecimiento económico y por la desigualdad que crea afecta sólo a una parte muy minoritaria de la sociedad. La inquietud de sectores más amplios por la conservación del paisaje no puede confundirse con una auténtica conciencia ecológica. Como todos los ciudadanos de las sociedades opulentas, los lanzaroteños saben, en el fondo, que una posición ecologista realmente consecuente implicaría una reducción del consumo material. Y aunque no están dispuestos a renunciar a ninguna porción de ese consumo, no quiere decir que esa situación no se viva con angustia, puesto que las consecuencias de nuestro modo de vida son cada vez más evidentes. Esta contradicción suele resolverse recurriendo, como siempre en la historia, a creencias míticas: la tecnología acabará resolviendo la contradicción entre el crecimiento económico y la conservación del planeta; o al cinismo más clásico: ya lo resolverán los que vienen detrás.

Durante treinta años hemos sustentado nuestra economía sobre la especulación inmobiliaria y el servicio a los turistas. No hemos utilizado la enorme cantidad de recursos económicos generados para avanzar en la construcción de una alternativa al monocultivo turístico. Y, dado el volumen de la economía insular, las alternativas más importantes no pueden basarse en la revitalización de unos

No hemos utilizado la enorme cantidad de recursos económicos generados para avanzar en la construcción de una alternativa al monocultivo turístico

Las alternativas no pueden basarse sólo en la revitalización de unos sectores económicos tradicionales en los que la población prefiere no trabajar

sectores tradicionales en los que la población prefiere no trabajar. De hecho, conviene saber que para que se produzca una cierta revitalización de esos sectores tradicionales habrá que importar más inmigrantes pobres que asuman esos trabajos. Además, hemos sufrido y alimentado un empresariado ramplón dedicado a la especulación, la recolección de subvenciones y el control del aparato político-institucional, que ha sido incapaz de ver más allá y arriesgar en nuevos sectores económicos con futuro y asequibles a la economía insular. El empresariado lanzaroteño no ha sabido más que explotar cuatro sectores: la especulación inmobiliaria, la construcción, el servicio a los turistas y el comercio (las peculiaridades de la actividad pesquera en los últimos decenios merecerían un análisis riguroso que está aún por realizar). La verdad, se echa de menos algo de imaginación y de riesgo, características que, dicen, son consustanciales al empresariado. Esa falta de imaginación es trasladable a la clase política, que no supo liderar un proceso de acumulación y diversificación que transformara Canarias y redujera su dependencia del humor o del bolsillo de quienes nos visitan.

Pero la angustia de la sociedad aumenta porque, además de las consecuencias ecológicas de nuestra forma de vivir, resulta también cada vez más obvio que hay problemas con las perras, que no hay para todos. Será imposible que el conjunto de la población mundial pueda vivir algún día con el derroche material con el que lo hacemos en Lanzarote. Dicho con palabras de Gandhi: “En el mundo hay bastante para satisfacer las necesidades de todos, pero no para saciar la codicia de unos pocos”. En Lanzarote resulta difícil mirar hacia otra parte, la pobreza está enfrente, y nos llega desde las dos orillas de este océano. Quizá por ello la rica sociedad lanzaroteña ha personalizado su miedo en los pobres, en los inmigrantes²¹.

La tentación de la inocencia

No se pretende sostener aquí que la situación de la sociedad lanzaroteña deba calificarse como un idílico paraíso. Los problemas generados por el modelo de desarrollo insular son cuantitativa y cualitativamente significativos. Pero este artículo pretende contribuir tan sólo a remarcar ese extraño fenómeno que provoca que, en un lugar que es un sueño para el 85% de la población del planeta, haya sectores importantes de la comunidad que se dedican a cultivar esa ‘cultura de la queja’. Ahora bien, tampoco es ésta una característica peculiar de segmentos de la ciudadanía lanzaroteña: se extiende por el conjunto de los países ricos, de Occidente. Si iniciábamos la reflexión con la referencia al libro de Robert Hugues,

21. La *Encuesta de Temas Insulares* de julio de 2001, del Centro de Datos del Cabildo de Lanzarote, revela que la inmigración se ha convertido en el principal problema para los encuestados. Por primera vez, así lo afirma el 22,6%. Que esta cifra fuera dos años antes el 7,8% parece revelar un problema grave. Sin embargo, la suma de los tres grandes problemas para los lanzaroteños, de los que responsabilizan a los inmigrantes -inmigración, droga y seguridad ciudadana- se mantiene prácticamente constante, 48% en 1997, 51% en 1999 y 50% en 2001.

La cultura de la queja, que analizaba hace una década el surgimiento de esta conducta en EE. UU., bien podemos terminarla con una extensa cita del interesante trabajo posterior del filósofo francés Pascal Bruckner, *La tentación de la inocencia*, que explora el fenómeno a mayor escala y puede contribuir al esclarecimiento de la situación que hemos tratado de abordar, y a que asumamos la conveniencia de dejar de decir lo que queremos hacer para pasar a hacer lo que decimos. En suma, aceptar la responsabilidad, individual y colectiva, por lo sucedido, por los males causados y por los beneficios obtenidos.

“Llamo inocencia a esa enfermedad del individualismo que consiste en tratar de escapar de las consecuencias de los propios actos, a ese intento de gozar de los beneficios de la libertad sin sufrir ninguno de sus inconvenientes. Se expande en dos direcciones, el *infantilismo* y la *victimización*, dos maneras de huir de la dificultad de ser, dos estrategias de la irresponsabilidad bienaventurada [...] ¿Qué es el infantilismo? No sólo la necesidad de protección, legítima en sí, sino la transferencia al seno de la edad adulta de los atributos y de los privilegios del niño [...] Así pues, el infantilismo combina una exigencia de seguridad con una avidez sin límites, manifiesta el deseo de ser sustentado sin verse sometido a la más mínima obligación. Si se impone con tanta fuerza, si tiñe el conjunto de nuestras vidas con su tonalidad particular, es porque dispone en nuestras sociedades de dos aliados objetivos que lo alimentan y lo segregan continuamente, el consumismo y la diversión, fundamentados ambos sobre el principio de la sorpresa permanente y de la satisfacción ilimitada. El lema de esta ‘infantofilia’ (que no hay que confundir con una preocupación real por la infancia) podría resumirse en esta fórmula: ¡No renunciarás a nada! En cuanto a la victimización, es esa tendencia del ciudadano mimado del ‘paraíso capitalista’ a concebirse según el modelo de los pueblos perseguidos, sobre todo en una época en la que la crisis mina nuestra confianza en las bondades del sistema [...] Nadie está dispuesto a ser considerado responsable, todo el mundo aspira a pasar por desgraciado, aunque no esté pasando por ningún trance particular.

Lo que es válido para el individuo a título privado es válido para las minorías y los países en el mundo entero. Durante siglos los hombres lucharon para ampliar la idea de humanidad, con el propósito de incluir en la gran familia común las razas, las etnias, las categorías perseguidas o reducidas a la esclavitud: indios, negros, judíos, mujeres, niños, etc. Esta ascensión a la dignidad de las

Será imposible que la humanidad pueda vivir algún día con el derroche material con el que lo hacemos en Lanzarote

*La victimización
es esa
tendencia del
ciudadano
mimado del
'paraíso
capitalista' a
concebirse
según el
modelo de los
pueblos
perseguidos*

poblaciones despreciadas o sometidas está lejos de haber concluido; tal vez no llegue a estarlo nunca. Pero paralelamente a esta inmensa labor de civilización, si la civilización en efecto es la constitución progresiva del género humano como un todo, toma cuerpo un proceso basado en la fragmentación y la división: grupos enteros, incluso naciones, reclaman ahora, en nombre de su infortunio, un trato particular. Nada hay comparable, ni en las causas ni en los efectos, entre los gemidos del gran adulto pueril de los países ricos, la histeria miserabilista de determinadas asociaciones, la estrategia asesina de Estados o de grupos terroristas que esgrimen el estandarte del mártir para asesinar con total impunidad y saciar su voluntad de poder. Todos a su nivel, sin embargo, se consideran víctimas a las que se debe reparación, excepciones marcadas por el estigma milagroso del sufrimiento.

Aunque a veces se solapen, el infantilismo y la victimización no se confunden. Se distinguen uno de otra como lo leve se distingue de lo grave, lo insignificante de lo importante. Consagran no obstante esa paradoja del individuo contemporáneo pendiente hasta la exageración de su independencia pero que al mismo tiempo reclama cuidados y asistencia, que combina la doble figura del disidente y del bebé y habla el doble lenguaje del no conformismo y de la exigencia insaciable. Y así como el niño, por su débil constitución, dispone de unos derechos que perderá al crecer, la víctima, por su sufrimiento, merece consuelo y compensación. Hacerse el niño cuando se es adulto, el necesitado cuando se es próspero, es en ambos casos buscar ventajas inmerecidas, colocar a los demás en estado de deudores respecto a uno mismo.

¿Por qué es escandaloso simular el infortunio cuando no nos está afectando nada en particular? Porque se usurpa entonces el lugar de los auténticos desheredados. Y éstos no reclaman derogaciones ni prerrogativas, sino sencillamente el derecho a ser hombres y mujeres como los demás. En eso estriba toda la diferencia. Los pseudo-desesperados quieren distinguirse, reclaman favores para no ser confundidos con la humanidad corriente; los otros reclaman justicia para convertirse sencillamente en humanos.”²²

22. Pascal Bruckner.
La tentación de la inocencia.
Editorial Anagrama, Barcelona,
1996, p. 14.